

DISCURSO
QUE PARA
SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO
DEL DIA
27 DE SETIEMBRE DE 1821
DIJO EN GUADALAJARA
EL PROFESOR EN
MEDICINA Y CIRUGIA
CIUDADANO
FRANCISCO M. GALVAN
GUADALAJARA 1851

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PENA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA

2.

DISCURSO

QUE PARA

SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO

DEL

DIA 27 DE SETIEMBRE

DE 1821,

DIJO EN GUADALAJARA

el profesor en

MEDICINA Y CIRUGIA

CIUDADANO

Francisco N. Salvan,

SOCIO DE LA

„FALANGE DE ESTUDIO.”



GUADALAJARA: 1851.

Tipografía de Brambila.



Dos naciones nuevas son la huella
de su tránsito por la tierra.
D. J. R. PACHECO.

SEÑORES:

EN la vida de los pueblos esclavizados, hay una hora fijada por la mano del destino en la que sacuden con audacia el ignominioso yugo de sus conquistadores; y Méjico que por largos años había sufrido la tiranía hispánica, debía experimentar, no menos que todos ellos, un cataclismo que le causara tal cambio, que pudiese pasar del no ser al existir: todos saben inspirar á sus hijos el amor ardiente á las acciones heroicas, para que trabajen con anhelo, mientras vivan y sellen con su sangre al morir un testamento eterno, donde con caracteres indelebles queden consignados los derechos suyos y de sus pósteros.

Hidalgo es el hombre que en Méjico, acogiendo los pensamientos de sus padres oprimidos, y en-

jugando sus llores, arroja un grito contra los tiranos de su patria, colocándola al lado de las naciones civilizadas del mundo. Nada importa a Bruto la soberbia atropelladora de Tarquino; nada al Párroco de Dolores, el arraigo de un gobierno sostenido por tantos siglos de suspicaz y zeloso despotismo. Aquella hora, la de la libertad, suena en el reloj de los tiempos, y ella le estimula á saborear los riesgos todos, ya sean de una muerte violenta, ya de un martirio exquisitamente prolongado.

Pero si por grande se estima el día en que se proclamó la Independencia en 1810, no es menos glorioso y halagüeño aquel en que esta queda afianzada, bajo la salvaguardia de las leyes y la firme egi-
da de las tres garantías.

El mundo levanta suntuosos monumentos consagrados á los hombres, que de vez en cuando, aparecen en medio de las generaciones como benefactores de la humanidad: los pueblos antiguos coronaban á sus preclaros hijos, y Roma deificó á su primer fundador. Los héroes de nuestro país no tienen mas altar que el corazón de sus admiradores; y hoy, en el día natalicio de su Independencia, se contentan con venir á colocar sobre su tumba una flor que no marchitará la carrera destructora de los años; porque esta tanindócil como es, venera la imagen de un pueblo reconocido; respeta sus ofrendas, y procura renovar á la par con los libertados, las memorias indestructibles de su gratitud. Si, los mejicanos en este día, se congratulan tributando profusos dones de engrandecimiento y de fama, al hombre que en 27 de Setiembre de 1821, en medio de las exclamaciones espontáneas de un pueblo gozoso hasta el extremo, entró triunfante á la capital del vireinato.

Al abrir la historia de los pueblos que nos pre-

cedieron, quedamos atónitos considerando los excesos de su procacidad, cuando osados arrebataron el cetro de aquellos á quienes desdeñó la fortuna, ó quebrantó su impericia, ó el estado inerme de sus masas; pero los hijos de la antigua Iberia excitan mas nuestra admiracion, cuando penetraron pisando con pié inmundo los bosques virginales de aquella tierra que en sus ensueños regocijara á Colon: al abrir, repito, la historia de Roma y de Méjico, nos llenamos de espanto viendo la desenfrenada codicia de los bárbaros; pero mas nos sorprendemos del conjunto de pasiones brutales que animó á la comitiva de Cortés al usurpar los derechos de Moctezuma. Allá en los tiempos de Arcadio y de Honorio, los Alanos y los Vándalos despedazaban á sus semejantes en medio de los tormentos de una refinada tiranía. Mas los españoles que huellan los derechos sacrosantos de Méjico; ¿pararon aquí sus demasías? ¡Ah! la humanidad lanza gritos de dolor, y el corazón cruje bajo la influencia maléfica del nombre del tirano, que no solo se complacia con los quejidos de sus víctimas, cual si fueran los mas armoniosos cantos, sino que llevó por enseña la maldad y la perfidia.

La conquista de Méjico, así á todo mejicano, como á cualquier imparcial filósofo, da la mas triste idea de lo que puede la exorbitancia de las pasiones, cuyos ímpetus no son moderados por la sana razon; por esta luz que, como el sol, disipa los vapores que enturbian sus rayos vivificantes: en la conquista encontramos violados todos los derechos que las naciones, y primero que las naciones, consagró Dios en el corazón humano. ¡Trajeron las ideas harto civilizadas del Cristianismo! ¡Pero es por esto menos infeliz un pueblo al verse subyugado por una nacion, que cifró sus complacencias en

poseer los tesoros que encierran las tierras, fecundas en plata, del Nuevo-mundo, y que el más ligero toque de la mano del hombre, sería suficiente para hacerlas arrojar millares de millones de pesos fuertes sobre los hambriados habitantes del viejo?

El sentimiento que conduce á Colón sobre piélagos y mares desconocidos, para descubrir una tierra que se creyera fabulosa, no es el mismo que lleva á Cortés, cuando sabido el camino que le trazó el dedo de la ciencia, pasa á conquistar las comarcas florecientes de nuestro suelo; lo primero es obra del genio, mientras que lo segundo es la codicia insaciable del oro. Colón, al contener allá en su cráneo y en sus ilusiones científicas la imagen de otras tierras; al dar mayor ensanche á nuestro globo; al ver en su ardiente fantasía los habitantes, las costumbres y las leyes de un mundo apenas concebido, nunca creyó ser este un patrimonio exclusivo del Monarca de Castilla; él hizo un legado á las ciencias, aumentando el dominio de su comprensión; á las artes, los productos de un suelo fértil; á la política, ampliando sus límites; al comercio y la marina, prestándole su mejor apoyo; y á sus pósteros, dándoles un testimonio del saber humano, colocando en sus sienas una corona que admirarán las generaciones venideras, á pesar de los hierros con que le cargó la corte por él favorecida. Colón es la gloria de su siglo, y su nombre figurará al lado de los de Copérnico y Galileo.

La parcialidad notoria con que el gobierno de la Península, daba los puestos eclesiásticos, civiles y militares á los españoles, con agravio del mérito relevante de no pocos de nuestros compatriotas, ocasionó una division terrible, entre unos y otros, la que se exacerbó cuando fué preso Iturrigaray, porque

pretendia, de consuno con el Ayuntamiento, hacer la Independencia de Méjico.

Desde esta época el partido amigo de la metrópoli, llamado hoy conservador, ha opuéstose constantemente á la Independencia del país.

No en balde la España con su política suspicaz, durante los años que siguieron á la conquista, para recoger los frutos **harto** apetecidos, aseguraba su dominación sobre las bases de una cruel esclavitud y de una gran ignorancia, como si el amor á la libertad no fuera natural al hombre, sofocando aun aquellos conocimientos que forman las delicias de los pueblos en extremo sencillos; todavia mas, atreviéndose hasta impedir el trato con personas extrañas á su nacion, temerosa sin duda, de que él hiciera germinar, en el ánimo de los colonos, las ideas de Independencia y libertad fuertemente comprimidas por el miedo á los braceros de la Inquisicion; y que temprano ó tarde tomarian su magestuoso vuelo, estallando con tanta mas fuerza, cuanto mayor era el tiempo de su compresion.

Si se exceptúa una que otra chispa que en ocasiones aparecia como testimonio del odio á los conquistadores, pero que luego era destruida en su origen con la muerte del autor, se puede decir que hasta 1808 la quietud reinaba en la Nueva-España: en esta época se tuvieron ya algunas nociones del derecho público, siendo entonces la primera vez que se leyeron las obras de Rousseau, Vattel, Bentham, que á pesar de las prohibiciones de aquel tribunal sanguinario, que pocos respetaban ya, pudieron despues de la Independencia de Norte-América, franquear los puertos de Méjico: el ejemplo de la República vecina y sus sabias instituciones, fueron tambien un poderoso incentivo para un pueblo que con mayor empeño, debia anhelar por la segregacion de la metrópoli.

La España no era en esta sazón la España del siglo XVI, la de los reyes católicos; era la España del imbécil Carlos IV, de Fernando y del Príncipe de la Paz que se arrullaba voluptuoso en los brazos de su favorita, todos pisoteados y excarnecidos por Napoleón. Es tal la influencia que tuvieron los sucesos de Bayona en la emancipación de Méjico, que el ilustre republicano D. Carlos María Bustamante prorrumpe: „Napoleón Bonaparte.....Permítaseme que repita este nombre dulce para mi corazón y memoria, y que si acaso su sombra generosa gira en torno de mi cabeza, le salude respetuoso y le diga.....¡a tí, genio inmortal, a tí, debe la América la libertad que disfruta! Tu espada dió el primer golpe a la cadena que ligaba a los dos mundos: quéjense otros de tú tiranía y despotismo; maldíganlo y exécrenlo; la América se confiesa deudora a él de la dicha que ahora posee, y exclama como los romanos del tiempo de Octavio.....Júpiter, si el mundo se ha de regir por un tirano, haz que lo sea por hombres como Augusto.”

Estos sucesos en nada menoscaban las glorias de los héroes de nuestra Independencia, pues tan solo prueban que ellos se aprovecharon de circunstancias favorables para llevar a cabo un pensamiento sublime, como lo han hecho todos los libertadores de los pueblos. La antigua Roma sacudió el yugo de los Reyes y la tiranía de los decenviros por la muerte de Lucrecia y de Virginia. El amor filial en gran manera comprometido, hizo libres a los moradores de la Suiza; y resentidamente en Francia el trono de Luis XVI, fué desmoronado con motivo de la miseria de la clase proletaria.

Todos los sucesos en la vida de los pueblos, se anuncian, así como la de los individuos, por trastornos mas ó menos notables en el orden que ha estableci-

do una inveterada costumbre; y aun entre los antiguos se consideraban estos como presagios de un gran bien, ó de un gran mal. La revolucion de Méjico, despues de las mencionadas circunstancias, debia tenerse como el signo cierto de su regeneracion política. Era pues ella un hecho necesario consumado por la valentia de un hombre que en la noche del 15 de Setiembre de 1810, en medio de un miserable pueblo de Guanajuato, fijara *el hasta aquí* á los avances del tirano, dando á Méjico un dia de gloria y de ventura; quizás porque habia leido que el Dios de Israel sacó á su pueblo de la esclavitud del Egipto. Todos participamos de aquel raudal de bienes que inundándonos llenaria de dicha á nuestro suelo. El 16 de Setiembre de 1810, será memorable no solo en los anales de Méjico, sino en la historia de todas las naciones.

Nada basta para contener aquella luz de libertad que emanada de Dolores, se reflejara en el corazon de todos los mejicanos, viniendo á formar el mas bello embeleso de su existencia; no bastan ni los tormentos de la Inquisicion, ni el clero exparciendo supersticiosas creencias en un pueblo ignorante; todo es nulo ante el grandioso pensamiento del ilustre Párroco que arrojando una semilla en una tierra fecundada con su misma sangre, germinaria un árbol bajo cuya sombra se refugiarian, como la familia de Priamo, los defensores de su causa inmortal.

Siguiéronse á este primer movimiento cruentos combates, en los que se derramó la sangre preciosa de multitud de mejicanos; pero solo así puede hacerse un pueblo libre. En Guanajuato, las Cruces y Calderon fueron las primeras libaciones de los independientes, y allí hay un monumento de lo que puede el valor, cuando las naciones pelean por su libertad.

Hasta aquí habrían llegado nuestras pérdidas sino hubiera sido por la tenaz resistencia de muchos mejicanos, que unidos á sus verdaderos enemigos, cooperaban en contra de la causa que debían sustentar

Muerto Hidalgo, pronto fué sustituido por el inmortal Morelos, que desplegando sus grandes talentos militares, llegó á ser el primer gefe de los independientes; y el sitio de Cuautla sería capaz de formar su apoteosis, siendo su valor el que lo llevó á su martirio de Ecatepec.

Creríase que había desaparecido del todo, despues de tantas catástrofes, los progresos de nuestra emancipacion: la muerte de los que empuñaban el estandarte de nuestra Independencia, podria considerarse como preludio de que el edificio español habia escapado á los recios embates de la opinion y de la fuérza: nuestra causa no ofrecia sino crueles suplicios á todos los que con ánimo esforzado la amparasen. Entre tantos elementos de ruina, salta á la arena un intrépido general desafiando á la muerte y esperando que su sacrificio alentaria á todos los que tuviesen un temple de alma tan elevado como el suyo: las montañas del Sur presagian á los mejicanos el éxito feliz de la empresa atrevida del egregio Hidalgo: una chispa ligera, bien pronto causaria una gran conflagracion. D. Vicente Guerrero, con un corto número de valientes hace arder la llama de la libertad: en vano la tiranía española, previendo los desastres, que en breve darian el último golpe á su ominosa dominacion, si permitia tomar pábulo á las ideas del caudillo del Sur, opone á sus sentimientos magnánimos el aliciente terrible de los honores, de la riqueza, y lo que es mas, le promete entregarle á su amada esposa, para gozar en su compañía de las dulzuras de la vida doméstica; este hombre insigne,

digno de los primeros tiempos de Roma, pospone sin vacilar los intereses individuales al bien de la patria: conoce muy á las claras el peligro que amenaza su existencia; todo lo calcula y sin embargo, se deja llevar de los impulsos de su generoso corazón.

El gobierno español cuando no pudo destruir por los amaños un movimiento que tanto le inquietaba, resuelve exterminar el único asilo donde se guarecía nuestra causa sacrosanta: busca un gefe, de muchos años atrás acreditado, por sus talentos y valor; se fija en un mejicano: en D. Agustín de Iturbide, el cual sale de Méjico al frente de un ejército aguerrido; y el Virey se goza, en que su pecho se vería dentro de poco cubierto de condecoraciones y su nombre ennoblecido con bellos títulos, como premio de su atinada política.

Las miradas todas se reconcentran en el campo en que se va á decidir la suerte de Méjico: los adictos á la metrópoli temen perder para siempre el mas precioso tesoro de Castilla, y los verdaderos hijos del país, esperan ver salir de allí una señora que engalanada con los mas brillantes dones de la libertad, llegaría á sentarse magestuosa en un trono sostenido con tantos y tan innumerables sacrificios.

¡Los designios de la Providencia son inescrutables! de aquí es, que á menudo vemos que se vale de unos medios sencillos, para formar el porvenir de las naciones; y aquel mismo que se creyera, iba á arrojar á un puñado de valientes, único sosten de la Independencia, escuchando la voz de la patria, y arrepentido de tanta sangre que hizo derramar en multitud de combates, sacudió el yugo que esclavo de su época se habia impuesto.

Jalmolonga es el lugar memorable donde Iturbide y Guerrero se dan un estrecho abrazo y juran, no como Octavio, Antonio y Lepido en las cercanías

de Modena, esclavizar al mundo, repartiéndose el mando y sus riquezas con el exterminio de sus enemigos, sino romper las cadenas que nos sujetaban; y en Iguala proclamó el primero, el plan de las tres garantías.

Estoy muy lejos de creer que este halla menoscabado, en lo mas mínimo, las glorias y los laureles inmarcescibles de tan ilustre campeón; pues él prueba bien al contrario, el conocimiento exacto que tenia de las circunstancias en que se encontraba el país, hallándose entonces dominado por un partido asaz cauteloso é imbuido en añejas preocupaciones: si se queria la Independencia, menester era cejar en algo con las clases influyentes y partir de la base de la monarquía constitucional, en favor de la familia de los Borbones. ¡Triste, si, muy triste fué la situación de nuestro libertador!

Esta época no fué como la primera, de carnaje y luto, porque instruidos los mejicanos de sus verdaderos intereses cooperaban á un fin comun; no ya masas informes é indisciplinadas eran el apoyo de nuestra causa, sino un ejército respetable, dirigido por un gefe muy diestro en el arte de la guerra.

Poco fué necesario en esta vez para sancionar la libertad de Méjico, proclamada hacía once años en el pueblo de Dolores: los auxilios denodados de los generales Bravo, Bustamante y otros muchos, hicieron que en la hermosa mañana del 27 de Setiembre de 1821, D. Agustín de Iturbide á la cabeza de cerca de treinta mil hombres del ejército victorioso, tomara posesion de la gran Tenoxtitlan.

En este dia de suprema ventura para los mejicanos, en que llenos de alegría corrian ansiosos á ver la entrada de su libertador; cuando sus corazones latian de júbilo al observar atónitos aquel ejército, que tras tantos años de heroicos sufrimientos, de vic-

torias y reveses, llegaba por fin brindándoles á sus compatriotas con las primicias de su dicha; nadie era indiferente á estos sucesos. Un pueblo libre victoreaba á aquel de quien dimanaban dones de tan alto precio; y en esta sazón de bienandanza universal, olvidáronse de los mas cruentos sacrificios, siendo Iturbide el objeto de sus mas caras adoraciones. El bello sexo que tantas penas habia apurado en una lucha de once años, recordaba que de su seno habia salido un Leona Vicario, y festivas en los balcones contenian el vuelo de su fantasía esperando solo una mirada del gefe del ejército de las tres garantías. En ese dia el leon de Castilla era devorado por el águila mejicana, y temeroso de su muerte se refugia en un palmo de tierra existente en medio del océano, para ocultar la vergüenza de su derrota.

Todo anunciaba entonces un porvenir lisongero, y un cielo hermoso era el presagio de nuestra dicha; pero una tempestad preparada desde ese dia sobre la infeliz Méjico, habia de ser el triste resultado de suceso tan glorioso.

Bien pronto los adictos á la casa de Borbon comenzaron hacer una guerra tremenda, en el seno mismo del congreso, á D. Agustin de Iturbide. Los españoles y sus secuaces dominados por el vértigo que produce la efervescencia de las pasiones, odiaban en extremo al gefe que terminó la revolucion de un modo tan feliz; y á sus inicuas miras convenia fomentar el ardor de las tropas residentes en Ulua, donde tenian sus esperanzas, y en el interior á los partidos, para asegurar el éxito de su empresa.

El partido republicano no oponia entonces resistencia alguna al héroe de Iguala; mas luego que las circunstancias cambiaron, le hizo, no como los demas de sus enemigos, una oposicion hipócrita y

malvada, sino con la franqueza que le caracteriza; y aun algunos individuos se retiraron de la escena, para no autorizar con su nombre la marcha de los negocios.

Generoso pareceria el pensamiento de ceñir con una corona las sienas de aquel á quien todos veian como agobiado con el peso de tantas glorias. Pero, ¿quién creyera que este habia de ser el medio de que indómitos enemigos habian de valerse para consitar la mas sanguinaria animosidad contra el héroe, cuyas bizarras hazañas aparentaban contemplar admirados? Ello fué así; y la historia misma parece cubrirse de duelo y de horror cuando al través de tanta bondad, no se columbra: se percibe á las claras tan obomitable perfidia. Engrandecer para aniquilar: he aquí la conducta del partido alevoso y sobremanera infame que dió término á un esfuerzo combinado en los antros oscuros de corazones altamente corrompidos. ¿Iturbide como ciervo desprevenido se dejaria caer en la red? ¡Oh patria! ¡oh Méjico! prorrumpió el héroe de Iguala, y se arroja en brazos del destino. Ciñose aquel laurel pesado como las coronas de dorado bronce que gravitan sobre las frentes de espléndidas mómicas: ciñose la corona esperando destruir los amaños y arterias de sus adversarios. No fué pues la ambicion el móvil que impulsó á Iturbide para trepar á esta altura; bien pudiera haberlo hecho cuando los verdaderos mejicanos presenciaron sus triunfos el 27 de Setiembre de 821: entonces vencida la oposicion y arrobados sus antagonistas á fuerza del triunfo, ningun óbice hubieran puesto al imperio soberano de los deseos de él por todas partes aclamado libertador. ¡Iturbide, un año despues, admitiste la corona! Recibe ¡oh patria tan ilustre sacrificio!

El sentido comun repugna, y la verdad histórica rechaza que personas que deseaban ver á Méjico

regido por instituciones altamente democráticas hubieran cooperado en algo á la coronacion de Iturbide, pues bastante satisfechos estaban de que un trono nuevo no podria afirmarse en un país en que germinaban ya las ideas republicanas: admiradoras y agradecidas en demasía al hombre que nos dió patria, para preservarlo de una horrorosa catástrofe, de todas maneras se oponian al logro de los designios de los enemigos jurados de nuestra Independencia.

¿No eran, en el pronunciamiento de Veracruz en 1822, incompatibles los nombres del traidor Echavarrí y otros muchos con la República que allí se proclamó? Esta solo era un pretexto para derrocar á Iturbide, como asimismos se lo habian prometido mucho tiempo hacía; pero el gefe que deseaba solo el bien de su patria, creyó ver en tal acto la voluntad soberana de la nacion, cuando Echavarrí nunca, jamas hubiera sido la expresion de aquella; y pudiendo arrollarlos, se resignó á dar á sus conciudadanos una prueba grande de su desinteres con el ostracismo que él mismo se impuso.

Iturbide, poco tiempo despues, se presentó en las costas del golfo mejicano creyendo ser útil á su patria, en gran manera, por el bombardeo de los españoles á la plaza de Veracruz y por los acuerdos de la Santa Alianza, que pretendia con ahinco restablecer el ridículo derecho divino, para constituir á los Reyes en tiranos de la humanidad. Su conducta generosa fué interpretada de diversos modos, y el hombre que vino á hacer un eminente servicio á su país encontró en Padilla, un bárbaro suplicio que cubrirá de oprobio á los autores de tan atroz crimen.

Con pruebas irrefragables ha manifestado la nacion, la níguna parte que tuvo en el abominable asesinato de su libertador: su reconocimiento hácia él,

es muy profundo, y en este día da muestras inequívocas del amor que le profesa.

El partido llamado hoy conservador, despues que derribó á Iturbide y vió que las consecuencias no correspondieron á sus miras, no ha interrumpido sus tenebrosas maquinaciones para destruir el régimen republicano, no obstante que una dolorosa experiencia le ha hecho conocer el firme arraigo que en el país tiene; pero en el año de 46 cuando se enseñoreó del poder, descubrió, á todas luces, esa infanda idea que constantemente ha abrigado de encadenar nuestra patria á un Monarca extranjero.

Hemos visto, señores, en lo pasado una prodigiosa historia; y en la actualidad, permítaseme decir, que no estamos tan mal, como lo suponen los enemigos de la República; porque en mi sentir, no se debe hacer un paralelo entre la situacion en que podría encontrarse nuestro país y la que hoy guarda, sino entre esta y la que tuvo en tiempo del gobierno español.

Las mejoras de la sociedad son lentas como todos los resultados del espíritu humano, juzgándose necesario el trascurso de los años para el engrandecimiento de los pueblos.

Es cierto que la pérfida República vecina, usurpó una considerable parte de nuestro territorio, valiéndose de nuestros continuos desvarios; mas ¿durante el gobierno peninsular, los mejicanos contaban con un palmo de tierra para expresar con libertad sus ideas?

La hacienda aunque se hallaba en mucho mejor estado en tiempo de la dominacion española, ¿á los hijos del país qué utilidad les venia de aquí? ¿La instruccion podrá acaso compararse, bien la primaria, bien la secundaria con la que actualmente se da?

¿no era la política de España embrutecer para dominar?

Esa decantada paz que se disfrutaba, ¿no era la paz de los sepulcros? Tácito dice: „Es preferible la algazara de la libertad al silencio del despotismo.”

Del comercio y de la agricultura la metrópoli formaba un completo monopolio; y la minería ¿no soportaba contribuciones muy pesadas?

Por fin, señores, el partido que hoy se llama conservador, formado principalmente por hombres de fécondos recursos; ese partido infame que vimos en otro tiempo usar de todos los medios posibles para sumir en la ignorancia y la miseria á los independientes, que puso tantos diques para impedir que la luz de la civilizaci6n europea llegara hasta nosotros; ese partido que no contento con sus títulos, sus timbres y las fértiles campiñas de nuestro suelo, con sus minas y sus mil otras riquezas, trató sin embargo de abatir la infeliz raza mejicana, promoviendo leyes humillantes y despóticas; esos hombres que valiéndose del fanatismo, producto también de su criminal conducta, apelaban á nuestra santa religion para levantar patíbulos y encender hogueras donde quemaron á nuestros hermanos, quizá los mas ardientes en el amor de Dios y de su patria; esos hombres que jamas se detuvieron en los medios para conseguir el fin, que hollaban sus mismas creencias, sus mismas leyes y la moral que hipócritamente inculcaban, cuando era necesario para realizar sus nefandos proyectos; ese partido que destruyó la juventud llena de fuego y de vigor, que buscaba en medio de la libertad el ensanche de esas inteligencias privilegiadas de nuestros climas; ese partido que combatió con armas innobles el pensamiento sublime del inmortal Hidalgo, sacrificando traidoramente á los mejicanos; ese partido que elevó á Iturbide para asesinarle despues;

esos hombres que no contentos con la sangre de los que nos dieron patria y quitaron de nuestro cuello el pié de rancios reyes españoles, quieren beber la sangre de sus semejantes en sus propios cráneos, levantando un trono á los tiranos.

Jaliscienses: ¡¡¡Que las sombras vengadoras de nuestros hermanos, vilmente asesinados, se presenten en medio de las tinieblas á perturbar sus largas horas de insomnio; que la maldicion de mil generaciones doble con el peso de una existencia consumida en la inmoralidad y el crimen, sus cabezas prematuramente encanecidas: que sus ojos miren de continuo la tierra que ojalá les niegue aún su último asilo, y sus miradas vacilantes nunca puedan resistir las pupilas ardientes de un republicano libre; que sus remordimientos los acompañen hasta mas allá de la tumba!!!.

Republicanos: en este dia que se excitan tantos recuerdos de nuestra libertad; en que la memoria de nuestros campeones se levanta tristemente de nuestro espíritu; en este dia solemne para todo buen mejicano, yo os convido á que imiteis la conducta de Guerrero y de Iturbide en las montañas del Sur, para que unidos con un tan estrecho abrazo, coopeis destruyendo los siniestros planes de nuestro comun enemigo, y derrameis una lágrima pura y ferviente sobre la loza que cubre las cenizas de un hombre tan grande como infeliz.—HE DICHO.

